

felicitándole por haberse hecho pobre soldado de Cristo, de conde y rico como era. Dicho conde murió en Palestina en 1126 (1).

Pero, no anticipemos ideas, y ya que las Cruzadas fueron el origen de los Caballeros del Temple, digamos algo acerca de lo que fueron aquéllas, ya que por los frutos se conoce el árbol.

Los escritores del siglo pasado, los más enemigos de todos los siglos del Cristianismo, han presentado las cruzadas bajo un punto de vista odioso, y no han perdonado medio para censurarlas y acriminarlas. Semejante conducta es hija de la ignorancia ó de la injusticia y quizás de las dos á la vez. Las Cruzadas no fueron locuras, como se las calificaba, ni en su principio, ni en su resultado. Tampoco fueron los cristianos los agresores, pues, si prescindiendo de los atropellos sufridos por los pobres peregrinos que iban á visitar los Santos Lugares, los vasallos de Omar, saliendo de Jerusalem, despues de dar la vuelta al Africa, cayeron sobre Sicilia, España y Francia, costando á España ocho siglos de heróicas luchas, ¿por qué á su vez los europeos no tendrían el derecho de dar la vuelta al Asia, corriendo trabajos y peligros, para vengarse de los descendientes de Omar, hasta en la misma Jerusalem? Es por cierto espectáculo magnífico ver á estos dos ejércitos de Europa y de Asia marchar en sentido contrario alrededor del Mediterráneo, y encaminándose, á la sombra de sus respectivas banderas, á atacar á Jesucristo y á Mahoma, en medio de sus adoradores. Quien no vea en las Cruzadas sino peregrinos armados que corren á rescatar un sepulcro en Palestina, da pruebas de vista muy limitada en historia. Tratábase no sólo del rescate de este sagrado sepulcro, sino tambien de saber si debía dominar la tierra un culto enemigo de la civilizacion, favorable por sistema á la ignorancia, al despotismo y á la esclavitud, ó un culto que ha hecho revivir en las naciones modernas el génio de la sabia antigüedad y abolido la ominosa servidumbre.

Basta leer el discurso del Papa Urbano II, pronunciado en el concilio de Clermont para convencerse de que los jefes de aquellas empresas guerreras, movidos al santo é inspirado grito de *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!* no abrigaban las mezquinas ideas que se les atribuyen, ya que su propósito era salvar al mundo de una nueva irrupcion de bárbaros.

El espíritu del mahometismo es la persecucion y la conquista, el cree ó muere, el Coran ó la cimitarra, mientras que el del Evangelio es la tolerancia y la paz.

Los cristianos sufrieron por espacio de setecientos sesenta y cuatro años todos los males que se gozó en causarles el fanatismo de los musulmanes, y solo intentaron interesar en su favor á Carlomagno; pero ni Es-

(1) Chronica Alberini, an. 1125.

paña ocupada en su grande epopeya de la expulsion morisca de su propio suelo, ni la Grecia ni las Dos-Sicilias devastadas, ni el Africa entera esclavizada, pudieron determinar por espacio de cerca de ocho siglos á los cristianos á tomar las armas para llevarlas á Palestina. Si al fin los tristes gritos de tantas víctimas degolladas en Oriente, si los alarmantes progresos de los bárbaros, ya en las puertas de Constantinopla, despertaron á la cristiandad y la hicieron acudir presurosa á su propia defensa, ¿quién se atrevería á decir que la causa de las guerras sagradas fué injusta? ¿Cuál sería hoy la suerte de Europa, de la meridional á lo menos, si nuestros padres no hubiesen rechazado oportunamente la fuerza con la fuerza? Contémplese parte de la Europa todavía, lo que se llama Turquía europea, y véase cual es el destino de un pueblo bajo el yugo musulman. Los que tanto se felicitan actualmente por el progreso de las luces, ¿hubieran querido ver reinar entre nosotros á los que consideran un mérito humillar á los hombres y miran con el mayor desprecio las ciencias y las artes?

Las Cruzadas al debilitar las hordas mahometanas en el centro mismo del Asia, impidieron que fuésemos presa de los turcos y de los árabes, y en sentir de un publicista de talento, nos han salvado de nuestras propias revoluciones, suspendiendo, por medio de la *paz de Dios*, nuestras guerras civiles, y abriendo ancha salida al exceso de poblacion que tarde ó temprano ocasiona la ruina de los Estados.

Un brevísimo resumen de las Cruzadas, que no otra cosa permite la índole de nuestro trabajo, nos ilustrará acerca de lo que debemos pasar por alto, y nos encaminará en el estudio de la historia de los Caballeros del Temple.

La primera cruzada habia salvado el moribundo imperio griego, internando á los turcos en el Asia Menor.

Jerusalen era el antemural del imperio, contra el cual se concentraban todos los esfuerzos de los infieles. No obstante, el emperador Alejo, desconociendo cuán necesario era á sus intereses la defensa de esta pequeña colonia de cristianos, abandonó á Jerusalem á su propia suerte, y fué necesaria una segunda Cruzada para conservar la conquista de la primera.

Predicó san Bernardo en Francia y Alemania.

Conrado III partió pues para la Tierra Santa; pero su ejército, extrañándose en las montañas de la Capadocia, pereció de cansancio, hambre, y bajo las flechas de los turcos, de que solo pudo escaparse su jefe Conrado. El ejército francés no fué más feliz. Solo un resto de barones y caballeros que abandonaron al pobre pueblo en el tránsito, embarcándose en buques griegos, llegaron á Antioquía, desde donde pasaron á Jerusalem, donde se hallaba el emperador Conrado en clase de peregrino, regresando á Europa sin haber podido citar una sola hazaña que excusase tantos desastres.

Nuredino, príncipe de Mosul, aprovechó la ocasión para atacar á los cristianos. Este enemigo era tanto más terrible, cuanto que era un santo del mahometismo. Así no podía consentir que Jerusalen, la tercera ciudad santa del Islamismo, estuviese en manos profanas.

Mientras que su general, Saladino, hacia la conquista del Egipto, Nuredino colocaba bajo su dependencia toda la Siria musulmana y arrebató Damasco á los cristianos. La muerte atajó sus proyectos, pero Saladino heredó estos con su poder y talento.

Saladino atacó á Jerusalen.

Su rey Guido de Lusignan cayó prisionero en la desastrosa jornada de Tiberiades, y la ciudad santa y Tolemaida se vieron forzadas á abrir las puertas al vencedor.

La noticia de la pérdida de Jerusalen causó dolorosa sensación en toda Europa, y al momento nuevas bandas de peregrinos se pusieron en marcha. El emperador Federico Barbaroja bajó del Danubio con un ejército poderoso; Ricardo de Inglaterra y Felipe de Francia tomaron la cruz.

Mientras que estos se aprestaban, los cristianos de Siria, refugiados en Tiro, tomaron la ofensiva, y fueron á sitiar á san Juan de Acre. Durante dos años toda la guerra se concentró al rededor de esta plaza.

Finalmente, en la primavera del segundo, las armadas de Francia é Inglaterra se presentaron en la bahía de Tolemaida, y la emulación de los dos jóvenes reyes, Felipe Augusto y Ricardo Plantagenet, dió nuevo vigor á las operaciones del sitio. La plaza sucumbió, y su rendición fué la señal de la partida.

Felipe se retiró á Francia.

El rey de Inglaterra á quien sus hazañas y valor dieron el nombre de *Corazon de Leon*, continuó la empresa de los cruzados, conquistando la costa marítima y las ciudades de Jaffa y Cesarea.

Saladino fué constantemente batido hasta los muros de Jerusalen; pero la prudencia ó la envidia de los jefes de Ricardo salvaron á los musulmanes consternados, que atribuyeron á un milagro la imprevista retirada de los cristianos.

Ricardo volvió á Inglaterra, dejando Jerusalen en manos de los infieles.

La cruzada anterior, llamada de los Reyes, habia tenido un éxito poco favorable.

La nueva cruzada, ó cuarta, ni aun siquiera llegó al término de su viaje, y abandonó á Jerusalen por Constantinopla.

Predicóla un tal Fulques.

Los condes de Flandes y de Champagne tomaron la cruz.

Eudes III, duque de Borgoña, y Bonifacio, marqués de Montferrat, se unieron á la expedición.

Seis varones, entre los cuales se encontraba Gofredo de Ville-Har-

douin, fueron en comisión á Venecia, para que esta ciudad diese á los cruzados fuerzas navales. Los venecianos consintieron en la demanda á condición de que los cruzados les diesen una gruesa suma de dinero. Vinieron en ello, pero después de agotar todos los recursos, tuvieron á fin de solventarla, que conquistar la república de Zara en Dalmacia, para los venecianos. Durante esta expedición, el príncipe Alejo vino á suplicar á los cruzados libertasen el imperio griego del poder de un usurpador. Cruzados y venecianos consintieron en ello, y partieron para Constantinopla.

Sesenta mil caballos esperaban á los cruzados en la playa.

La acción parecia arriesgada, pero los cruzados obtuvieron una fácil victoria, y entraron bien pronto en Constantinopla, merced á la cobardía de los griegos y á la habilidad de los venecianos.

El emperador destronado fué colocado en el trono: no obstante, Alejo no pudo cumplir sus promesas á los auxiliares sin exasperar al pueblo con sus exacciones. Irritado este destronó de nuevo al emperador, y colocó en el trono al príncipe Marzuffe, así llamado por sus negras cejas. Burlados así los Cruzados, sitiaron y tomaron de nuevo á Constantinopla, y más de una legua de esta inmensa ciudad fué enteramente devastada.

Marzuffe fué precipitado de lo alto de una columna.

Los venecianos hicieron dar el título de emperador á Balduino, conde de Flandes, aunque reteniendo para sí una cuarta parte de Constantinopla y todas las puertas del imperio, desde el Ponto-Euxino hasta el mar Adriático, con Candia y todas las islas del Archipiélago; y desde entonces el dogo se apellidó señor de una cuarta parte del imperio griego. Bonifacio de Montferrat retuvo el título de rey de Tesalia y de una parte de la Macedonia; Ville-Hardouin se hizo duque de Tracia; los lugares célebres de la antigua Grecia tomaron entonces por un trastorno raros títulos feudales. Atenas se convirtió en ducado, la Acaya en principado y Corinto en señorío.

El rey de Hungría Andrés II emprendió la quinta cruzada, reuniéndosele Juan de Brienne, que tenia el título de rey de Jerusalen, Hugo, rey de Chipre, y el duque de Austria Leopoldo III el Glorioso.

El Egipto proporcionaba continuamente auxilios á los musulmanes de Judea: así los cruzados resolvieron ir á conquistar allí á Jerusalen. Pasaron primero á San Juan de Acre; pero de allí se dirigieron á Egipto, cayendo Damietta en su poder; pero luego que se internaron en el país atacados por todas partes por los musulmanes, y diezmados por la peste, se vieron muy pronto obligados á restituir su conquista para obtener el permiso de salir de una comarca que les era tan fatal.

El mal éxito de esta cruzada empeñó al Papa á obligar al emperador Federico II á cumplir el voto que habia hecho de tomar la cruz, recurriendo á la excomunión para conseguirlo.

Federico llegó á Siria el día 8 de setiembre de 1228, donde la mala inteligencia de los Sultanes de Egipto y Damasco le entregó sin resistencia el reino de Jerusalem.

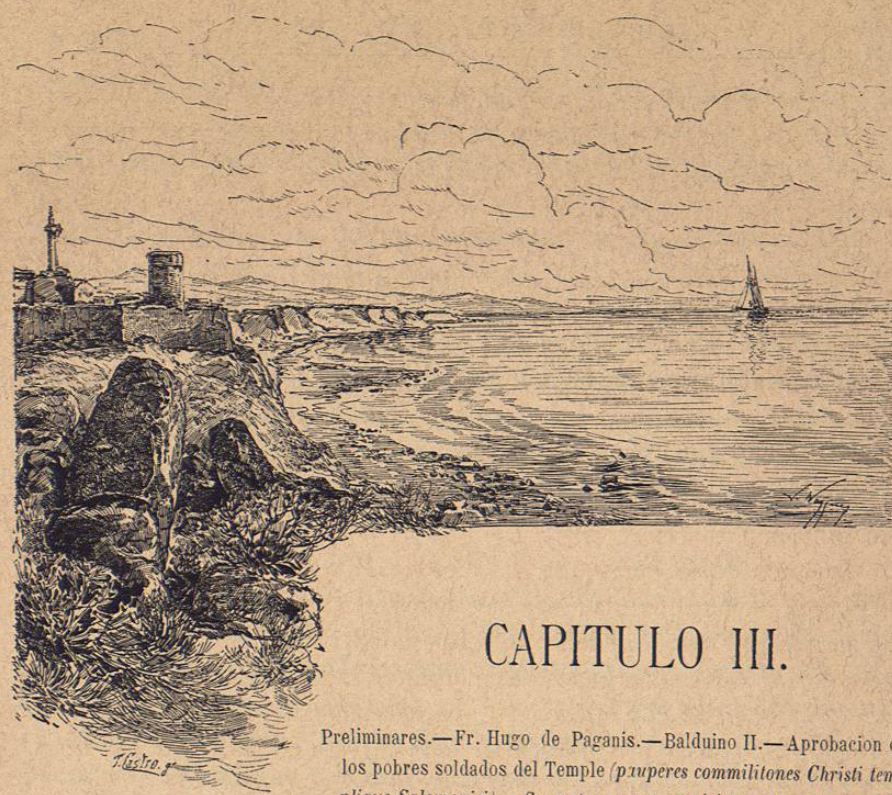
En efecto, por un convenio firmado en febrero de 1229 el Sultan de Egipto le cedió Jerusalem, Belén, Nazaret, Rauza y todo el país situado entre San Juan de Acre, Tiro, Sidon y Jerusalem.

No obstante, despues de la ausencia de Federico, los cristianos no tuvieron por mucho tiempo esta conquista. Debilitados por las guerras civiles, aliados ya del Sultan de Damasco, ya del de Egipto, perdieron á Jerusalem, que en 1249 recobraron por algunos años, y fueron por fin expulsados definitivamente al poco tiempo.

El voto de San Luis, rey de Francia, durante su enfermedad, produjo la séptima cruzada. Dirigióse á Egipto en 1248; pero el hambre, miasmas pestilenciales procedentes de los canales y el terrible fuego griego disminuyó mucho su ejército, y la victoria de los musulmanes, en Mausurah, le forzó á emprender una retirada desastrosa, en la cual quedó prisionero con los restos del ejército cruzado. No obstante, San Luis logró rescatarse y salvar este resto; pero ántes de regresar á Francia pasó aún cuatro años en Palestina como simple caballero, ocupándose en mantener la paz entre los príncipes cristianos y restablecer las fortificaciones de las plazas que aun poseían.

La muerte de su madre obligó á San Luis á volver á Francia; pero luego que hubo arreglado los negocios del reino, emprendió una nueva cruzada, que se dirigió desde luego á Túnez, donde murió de la peste con la mayor parte de su ejército.

Resumiendo, diremos: las Cruzadas reunieron por primera vez en un mismo campo y con un objeto desinteresado los hombres de todas las naciones europeas y de todas las condiciones sociales, reunion que debia ser de inmensos resultados para lo sucesivo. Los cruzados, perfeccionando el arte de la navegacion, formaron el gran comercio, dando al mundo un nuevo elemento de poder en la riqueza moviliaria, destinada un dia á derrocar el poder de la riqueza territorial. Las ciudades marítimas se engrandecen. Venecia, Génova, Pisa, Marsella y Barcelona cubren el Mediterráneo con sus bajeles. Los señores feudales, abandonando sus castillos y concediendo privilegios á los vecinos de las ciudades para obtener dinero, preparan la decadencia del poder feudal y el triunfo de los reyes y de los pueblos. Inventáronse los escudos de armas, lengua muda, y, sin embargo, tan fecunda, y creáronse los nombres de familia. Fundáronse las órdenes militares que tomaron los nombres de San Juan de Jerusalem (los hospitalarios), la de los caballeros teutónicos, y antes que estos los del Templo (los templarios) de la que vamos á ocuparnos ahora con toda la extension que se merece.



CAPITULO III.

Preliminares.—Fr. Hugo de Paganis.—Balduino II.—Aprobacion de los pobres soldados del Templo (*pauperes commilitones Christi templique Salomonici*).—Su voto y sus servicios.—Donaciones á la Orden.

ENTRE los cruzados que partieron para Constantinopla y la Tierra Santa en 1096, se encontraban Hugues de Payens ó de Payns, *Hugo de Paganis*, de la casa de los condes de Champagne, Godofredo ó Geofredo de san Omer, *Godefridus de Sancto Audemardo*, flamenco de origen.

El notario apostólico *Sicus de Vercellis*, testigo oído el 3 de marzo de 1311 en el proceso instruido contra la Orden del Templo, afirma que se pretendía en Oriente que estos dos caballeros fundadores de la Orden eran *Borgoñones* (1). El nombre de Hugo de Paganis figura en la lista de los príncipes, señores y caballeros que tomaron parte en la segunda cruzada; el de Godofredo de San Omer no se lee en ella (2). Este vacío puede explicarse. La personalidad de Godofredo de San Omer se eclipsó ante la de Hugo de Paganis, que

(1) Quod duo nobiles de Burgundia milites Ordinem militie Templi inceperunt.—*Proc.*, t. I, p. 642. El art. 2.º de la *Regla Francesa* decía: Bien seuvre dameien aver nos et nostr; Sauveor «Jhesu Christ, leguel a mandé ses amis de la sainte cité de Jherusalem en la marche de France et de Bergoigne.»

(2) *Galerías históricas del palacio de Versailles*, t. VI, 1.ª y 2.ª parte, edic. 1810-44.